



MINUTO Y MEDIO

Relatos Breves

LUIS MARCHIN BIASUTTI

www.portaldesalta.gov.ar

NOTA DEL AUTOR:

Cuando el ser humano nace, no solo llega desnudo de cuerpo, sino también de ideas. Y es el entorno que le tocó en suerte, quien condicionará parcial o totalmente tanto su pensamiento, como su vida. Pero está en él – en su libertad interior – decidir que quiere hacer con su tiempo.

Este libro – amable lector – no pretende erigirse en juez de nadie, ni tampoco ser referente de nada. Ahora bien, si durante su lectura – o después de ella – usted siente que alguno de sus párrafos lo incomodó de alguna manera, entonces habrá valido la pena escribirlo. Un abrazo.

L.M.B.

SUMARIO

OTRA GENTE.....	1
CUIDAR EL JARDÍN.....	2
TIRAR DE LOS HILOS.....	3
PALOMITAS.....	4
EL CORRALITO.....	5
LA BISAGRA.....	6
LA FIESTA.....	7
EL MANDATO.....	8
LA BRISA.....	9
LA CALLE.....	10
CABLE A TIERRA.....	11
PAPELITOS.....	12
EL REGALO.....	13
BESOS.....	14
LA GENTE DE LA VENTANA.....	15
LA ESPUMA.....	16
LOS PIES.....	17
CONSUELO.....	18
GARABATOS.....	19
LA BOCINA.....	20
TRANSFUSIÓN.....	21
MOJIGATA.....	22
PICARDÍAS.....	23
LUCIDEZ.....	24

OTRA GENTE

- No es fácil vivir en el pequeño pueblo de Cabeza Tomada y, además, no cualquiera puede hacerlo.

No se trata de ser valiente, educado, esotérico o adinerado para disfrutar de ése paraíso en la Tierra. No. Sólo hay que saber soñar. Sí, tal cual. Porque en Cabeza Tomada, sólo vive la gente que sabe soñar y no otra.

Pero... ¡Claro...! basta que uno afirme que tal cosa no es fácil de hacer, para que al instante aparezcan voluntarios dispuestos al desafío.

Y no está mal que así ocurra, o al menos, está bien para los habitantes de Cabeza Tomada, porque cada ingenuo que intenta demostrar que sabe soñar y no lo logra, se queda sin sueños para siempre.

¡Ah!... me olvidaba decir que los pobladores de Cabeza Tomada, se alimentan únicamente de sueños.

CUIDAR EL JARDÍN

Entre las rosas, los malvones y las hortencias, reinaba el desconcierto. Lo mismo ocurría con los gladiolos, las campanillas y las caléndulas. Florecidas todas ellas en tiempo y forma, no entendían cómo, esa única orquídea que acababa de florecer entre ellas, había llegado hasta allí.

- ¡Una orquídea, nada menos...! - comentaban asombradas, sabiendo que no era ése el suelo ni el clima adecuado para las orquídeas.

- Y... ¿No habrá otras? - se preguntaban las hortencias y los gladiolos quienes, al ser de mayor tamaño que las demás, regían la vida en aquel jardín.

Dos semanas después, convencidas que la frágil flor estaba sola, autorizaron al resto a dirigirle la palabra.

- ¡Es inteligente! - rumoreaban las flores menores.

- ¡Y tiene ideas nuevas para renovar y mejorar el jardín...! -sostenían entusiasmadas.

La gente que pasaba por el lugar, admiraba el colorido y la belleza de todas las flores, pero resaltaba las delicadas formas y el particular encanto de la orquídea.

Una noche, luego de la tercera llovizna primaveral, gladiolos y hortencias convocaron a una reunión secreta, a las jerarcas de las babosas y de las hormigas coloradas.

Contrato en mano, las flores les recordaron el convenio existente entre ambas partes y les exigieron a los animales, el cumplimiento del mismo. Una intrusa había en el jardín y ello era un vivo peligro para todos, dijeron.

Al amanecer del siguiente día, las flores menores no lograban explicarse la repentina ausencia de la pequeña orquídea.

TIRAR DE LOS HILOS

- No insistas más... - le susurró ella, luego de sorber lo que quedaba en el pocillo de café. Y agregó mirándolo a los ojos.

- Porque no soy lo que tú crees que soy y ...-

- ¡Nada me importa lo que seas! para mí eres la más bella del universo, para mí eres, en realidad, la mujer de mis sueños, amor... - interrumpió él eufórico, mientras besaba con suavidad las frágiles manos de ella.

- Es que no soy una mujer como...-

- ¡Amor, amor! ya te dije que nada me importa de tu pasado... yo... yo te quiero así, como eres, ahora y para siempre, amor -volvió él a interrumpir, perdidamente enamorado desde quince minutos antes.

- No, tú. no entiendes... cuando digo que te equivocas si crees que soy una mujer...-

- ¡Ya lo sé mi amor, ya lo sé! y... ¡Por Dios, por Dios! no digas nada más, no pienses que yo te juzgo mal por haber aceptado esta invitación sin dudar. ¡No amor, por favor, no fue así! fue la noche, nos miramos, nos gustamos y por ello estamos aquí... eso fue todo, nada más amor... y ¡Por favor!, no hablemos más, ¿Sí?, solo quiero amarte, disfrutar de tí, amor...-

En el cuarto de hotel y luego de hacer el amor, él navegaba feliz por el mar de la inconciencia. Ni siquiera se dio cuenta que estaba siendo devorado por una gigantesca viuda negra.

PALOMITAS

El coronel se había vestido con el ropaje de Dios, para darle aquella orden al capitán que, a su vez, vestía una túnica de verdugo.

- ¿Aparentamos una fuga, como se hizo en Trelew, mi coronel Dios? -Preguntó el joven defensor de los más altos intereses de la Patria.

- No me importa cómo lo hagan, los quiero muertos a todos - contestó el coronel Dios, deslizando por su garganta el tercer whisky de la mañana.

- ¿Algún lugar en particular, mi coronel Dios? -insistió el valiente uniformado.

- Mientras lo hagan rápido y limpio, el lugar es lo de menos... y ahora retírese -ordenó el oficial de mayor graduación.

- ¡Viva la Patria! -gritó a modo de saludo el capitán verdugo, haciendo sonar entre sí, los tacos de sus lustrosas botas.

- ¡Viva la Patria, carajo! -respondió el coronel Dios, levantando el vaso casi vacío.

Esposados fueron arrancados de sus celdas los condenados sin condena. Y al día siguiente, el alto mando militar informaba a la población, que: "En un enfrentamiento producido mientras se trasladaba hacia otra jurisdicción a un grupo de prisioneros, las fuerzas del orden fueron atacadas por cómplices de los subversivos, en un intento de liberación de los mismos. Al repeler la agresión, fueron abatidos por balas de sus propios camaradas, la totalidad de los subversivos presos, las fuerzas regulares, no sufrieron daño alguno".

Esa noche, en el monte de Palomitas, los pájaros no durmieron y, desvelados, por la mañana se marcharon para siempre de allí.

EL CORRALITO

- De niño, recuerdo que tanto mi madre como mi abuela, me amenazaban constantemente. Y mi padre nada decía, dado que nunca estaba en casa. Si me negaba a tragar la sopa de verduras hervidas, a beber la leche con nata o a ingerir los amargos tónicos medicinales, me hacían saber que ésa noche, esperaban por mí tanto el cuco, como el hombre de la bolsa, el chancho sin cola y el lobo feroz.

Si no dormía la siesta, acomodaba mi cuarto, iba al dentista o aceptaba las vacunas sin llorar, ellas esgrimían las siniestras figuras de la vieja carterita, la gallina coja o el duende Coquena.

Si rehusaba acompañar a mi abuela, todos los días, a la primera misa de la mañana, a abandonar un partido de fútbol justo en la mitad, a darme un baño y allí utilizar sobre mi cuerpo una esponja vegetal, con seguridad –sostenían malhumoradas- yo iba a ser la próxima víctima del cura sin cabeza, la mano peluda, la mujer araña y el jorobado loco.

Hoy en mi adultez, le temo a la oscuridad, a las mujeres -todas- a los animales, a la soledad geográfica y también a los hombres o niños con alguna deformidad física o mental.

Por ello es que un día, opté por no salir de casa nunca más. Continúo viviendo con mi madre y ambos subsistimos con la modesta pensión que papá nos dejó al morir. Si bien mi abuela ya no está, mi madre les refiere orgullosa a sus pocas amigas, el buen hijo que siempre fui.

LA BISAGRA

Volvió de la oficina cansado y envuelto en llamas, como todos los viernes.

Tratando de no quemar a su esposa, le propinó un corto beso en la mejilla y con la excusa de tener el estómago revuelto, entró al baño.

Desnudo frente al espejo, esta vez había decidido ser sólo un espectador. Y así pudo ver cómo su estómago luchaba sin descanso contra las brasas, tratando de reducirlas a cenizas. Y cómo las llamas se avivaban en cada orificio de su cuerpo y cómo, su cuerpo todo era una tea vacilante y colorida. Vomitó. Se metió luego bajo la ducha, buscando la pureza y el alivio del agua fresca y se sintió renacer.

Al día siguiente, se marchó de su casa para siempre, desprovisto de su habitual y pesada máscara, para gritarle al mundo que, al fin, había asumido su homosexualidad.

LA FIESTA

El sentía que estaba obligado a asistir y sabía, además, que no podía echarse atrás, sin lesionar su prestigio. Por lo tanto, debía cumplir, aunque en su interior, deseara fervientemente eludir el compromiso adquirido.

Inseguro como había sido siempre, salió de la ducha casi resignado y luego, en el camino, tuvo que ahogar en dos oportunidades aquel impulso que lo invitaba a cambiar de rumbo. Una llamada recibida en su teléfono móvil, fue suficiente para dejar de lado las dudas y los temores que por casi dos meses lo habían martirizado. Era necesario mostrarse alegre y decidido, antes de ofrendarse al grupo, del mismo modo que cada uno de sus amigos, lo había hecho en su momento.

Mientras oprimía el botón del portero eléctrico, miró su reloj, aspiró profundo, dibujó en su cara su mejor sonrisa y entró.

Dos horas después, ya no podía mantenerse en pie, dado que, a su alrededor, todo giraba. A pesar de ello logró sostener entre sus manos la segunda de las jarras que, llenas de licores varios, barbitúricos y energizantes, él debía beber.

Casi al amanecer, intentó abrir sus ojos, pero sus cansados párpados se negaron a obedecerlo. Algunas difusas imágenes se formaron luego en su cerebro, hasta que la oscuridad del sueño lo venció.

Al día siguiente, cuando la policía, convocada por los vecinos, llegó hasta el departamento, debió derribar la puerta para ingresar. Allí, entre el desorden, encontraron un cuerpo masculino desnudo, totalmente rasurado y pintado con cuatro colores distintos, recostado sobre un charco de orín y vómitos.

En el hospital, los médicos les explicaron a sus padres y luego a su novia, el porqué de su irreversible estado vegetativo. Tres meses después, el invitado de honor, el homenajeadó en aquella despedida de soltero, falleció.

EL MANDATO

Cincuenta y seis años. Cincuenta y seis años y cuatro meses. Cincuenta y seis años, cuatro meses y veintiún días de edad, tenía Carmela cuando un hombre besó sus labios por vez primera.

Hija única de padres hijos únicos, de niña le habían enseñado que debía honrar a éstos, hasta el final de sus días. Y así ella lo hizo.

Primero su padre y luego su madre, supieron de su monacal dedicación.

Hoy, Carmela está tranquila con su conciencia. Y los sábados por la noche, alquila besos y caricias, tratando de llenar el enorme vacío que ocupa su alma.

LA BRISA

Mucho antes de montarse sobre la seca hoja de fresno, ella había soñado que su destino sería diferente al de las demás. Y por ésa razón, había decidido desertar.

Inmóvil, pero aferrada con todas sus fuerzas, paciente esperó a que el viento de la tarde, hiciera lo suyo.

Presentía que su tiempo biológico se terminaba y sólo se arrepentía de no haberlo hecho antes, de joven, cuando aún tenía las ganas y la fuerza moral suficiente, para enfrentar al severo régimen imperante en el hormiguero.

De pronto el viento empujó la hoja hacia el cordón de la vereda y allí, flotando sobre el agua de lluvia que aún obedecía al caprichoso declive de la calzada, ella pudo constatar que no había estado equivocada. Que la vida era algo más, que aquello que hasta entonces había conocido. Y lloró por ello. Luego, aspiró profundo ese aire nuevo, impregnó cada espacio de su cuerpo con su frescura y se dejó llevar.

Tal vez haya sido un instante, o lo que dura un relámpago en el cielo, o quizás un poco más, el tiempo que demoró el agua, en escurrirse por la boca tormenta de la siguiente esquina, donde ella se ahogó. Pero fue suficiente para que aquella hormiga conociera la libertad y se enamorara de ella.

LA CALLE

Ella le clavó sus ojos en medio de la mañana y continuó su camino. El respiró profundo, apuró el paso, esquivó dos automóviles y un colectivo y la alcanzó en la vereda de enfrente.

Acostumbrado a ganar en las cosas del amor, sin palabras la hizo suya.

Saciado el apetito de ambos, ella prosiguió su marcha, sin volver sus ojos hacia él.

Agotado por el esfuerzo, él quiso retornar a su vereda, pero exhausto como estaba, no lo logró. A dos metros del cordón, un taxi lo aplastó.

En el interior de aquella ciempiés, comenzaba a gestarse nueva vida.

-

CABLE A TIERRA

La anciana sabía que, por el resto de sus días, iba a permanecer tras la ventana. Así se lo habían anunciado sus huesos y también los médicos.

Resignada a que la vida terminara su labor, ella buscaba refugio en sus recuerdos, o al menos, en algunos de ellos. En eso estaba cuando desde la vereda, un jovenzuelo de larga cabellera e ilusión temprana, le preguntó.

- ¡Abuela, abuela...! ¿No vio usted pasar al amor...?

Ella entreabrió sus ojos, midió la necesidad del imberbe y respondió arqueando sus cejas.

- ¿Al amor...? Aquí lo tengo conmigo...-

- ¡Ufa...! ¡Siempre llego tarde...! - protestó el muchacho y se marchó.

Entonces ella cerró una vez más sus ojos y esta vez sonrió.

PAPELITOS

Detrás de los gruesos cristales de sus anteojos, veía a Tinto, su perro, con un par de alas que hasta media hora antes, no tenía.

Miró luego sus manos y vio que sus dedos eran pimpollos de rosas rojas, a punto de florecer.

Tocó luego sus labios y sintió cómo, las espinas perforaban su piel. Entonces se asustó y se quitó los anteojos. Tinto volaba por el cuarto, sus propios dedos eran ya rosas florecidas y sus labios no dejaban de sangrar.

Después de tres intentos logró ponerse de pie y, tambaleante, se encaminó hacia el cuarto de baño. Temblorosas sus rosas perdían los pétalos, mientras ella abría y dejaba caer en el inodoro, el contenido de tres, de los cinco paquetitos que, para experimentar, había comprado ésa tarde, luego de cobrar por vez primera, su tan ansiada jubilación.

EL REGALO

Con dieciocho años en su humanidad y un immaculado carnet de conducir en su bolsillo, Leandro se lanzó en su Toyota gris, por las calles de la ciudad.

De sus respectivas casas buscó a tres amigos de su más íntimo círculo y juntos se fueron a divertir.

Agradecido a la vida por contar con padres que cumplen sus promesas, como regalarle ese automóvil, esa noche de sábado había decidido brindar por esos generosos seres, que jamás le habían negado nada material.

Provistos de agua mineral, unas pastillas de éxtasis y un pack de frías latas de cerveza, la noche les pertenecía.

En la primera disco que visitaron, consumieron vodka y se retiraron porque no había ambiente. Lo mismo hicieron en la segunda, donde se quedaron un poco más. Al final, se instalaron en "El Rayo", a pesar de que ese local nocturno, estaba atestado de gente.

Poco después de las seis y media de la mañana, decidieron terminar con el festejo y así lo hicieron.

Circular por una avenida a casi ciento veinte kilómetros por hora, no es recomendable para nadie. Eso bien lo sabe Leandro que, tras una de las ventanas de su casa, ahora ve pasar la vida desde una flamante silla de ruedas.

BESOS

Al primer beso te lo robé. Es cierto. Pero a los diez mil cuatrocientos cincuenta y uno restantes, me los diste tú, ¿Verdad? Entonces no digas ahora, cuando ya no estamos juntos, que eres toda de él. Porque si bien él podrá tener tu cuerpo, tu tiempo y hasta tu alma, siempre le habrán de faltar esos diez mil cuatrocientos cincuenta y un besos.

LA GENTE DE LA VENTANA

Instalados en el patio de nuestra casa paterna, teníamos a la vista la parte superior de una vivienda vecina.

De estilo colonial y con una chimenea que jamás humeó, era por entonces la única casa de dos plantas en la zona. Y era también, la única ventana ubicada, en la parte posterior de aquella casa, la que despertaba nuestra curiosidad.

Protegida por gruesos barrotes y enmarcada en el verde intenso que, en verano, ostentaba una enredadera que cubría casi todo lo edificado, la ventana de nuestros desvelos era un imán, tanto para nuestros ojos, como para nuestra prolífica imaginación infantil.

Y fue nuestro abuelo materno, en esas tardes de historias fantásticas y cuentos de misterio bajo el parral, quién nos hizo notar, a mis hermanos y a mí, la existencia de la gente de la ventana.

Todas las tardes, cerca de la oración, ocurría lo mismo. En mitad de una historia, el abuelo interrumpía su relato y nos señalaba aquella ventana. Era el momento en que la blanca cortina, era apartada desde ambos lados por temblorosas y blancas manos. Luego, asomaban tímidamente tras el vidrio, dos cabezas de largos y blancos cabellos, como si pretendieran certificar con esa acción, que, en ese cuarto, aún había vida.

Casi cincuenta y cuatro años después, esos seres permanecen allí. Y ahora soy yo, tratando de entretener a mis nietos con historias fantásticas y cuentos de misterio, el que debo interrumpir mi relato y señalar hacia la ventana, en el momento preciso en que la pálida cortina comienza a apartarse por un instante, desde ambos lados.

LA ESPUMA

Esas noches, cuando la Luna semeja un ojo entreabierto y las nubes huyen, dejando desnudo al cielo, ésas son las noches en que Neptalí Torrecantos vuelve a ser niño, con la música que le extrae a su guitarra.

En su hamaca, sostenida entre dos curvadas palmeras, la espuma del mar se desintegra ante sus ojos, pero él no la puede ver, porque ellos nunca conocieron la luz.

Y entonces, cada nota que escapa de su guitarra, vuela jubilosa hacia el infinito. Y Neptalí sabe, que, en cada una de ellas, hay un poco de él.

LOS PIES

No sé quién, pero alguien debe haber decretado que tanto los zapatos con cordones, como las botas de piel de carpincho, son más elegantes que otros calzados. Así que ayer, día de mi cumpleaños, recibí como regalo un par de estrechos y lustrosos zapatos acordonados.

Mis pies, acostumbrados a deambular con sandalias o exhibiendo su desnudez, a poco de andar comenzaron a reclamar su perdida libertad. Ante esto, me vi obligado a sentarme en uno de los bancos de la más céntrica de las plazas, para que ellos tomaran aire y en mí, desapareciera el dolor que reflejaba mi cara.

En eso estaba, cuando el chirrido de una frenada me obligó a mirar hacia la calle.

Desde una flamante camioneta, estacionada en medio de la calzada, enajenado descendió un hombre alto y corpulento, vestido de gaucho. Vociferaba y con los puños en alto, amenazante se encaminó hacia un agente de la policía municipal de tránsito quién, un instante antes, con una seña le había ordenado reducir la velocidad.

- ¡Pedazo de infeliz! - le gritó el conductor al uniformado.

- ¡Pero quién te crees que sos, negro de mierda, vos no sabes con quién te metes, carajo!

El funcionario público recibió de manos de su agresor una credencial, la miró y bajó la cabeza. Luego de ello, el ofuscado conductor regresó a lo que por un momento me pareció era un trono y entonces el tráfico vehicular se normalizó.

El sol ya pegaba fuerte al mediodía y como mis hinchados pies se negaban a ser nuevamente encarcelados, opté por volver a mi hogar descalzo.

Estoy casi convencido que mis maltrechos dedos lloraban. De dolor lloraban.

CONSUELO

La reja estaba incrustada en la pared y tras ella, el calcinante desierto esperaba. Quizás ella no lo sabía o tal vez le daba lo mismo.

Lo cierto es que una y otra vez insistió en trasponerla. Tozuda como pocas, invirtió casi toda la mañana intentándolo, hasta que al fin encontró el camino.

Limitado por los grilletes que sujetaban mis brazos, mi cuello y mis piernas, luego de ello la perdí de vista,

- ¡Bueno...! -suspírela aliviado- al menos, ésa hormiga dejó de estar prisionera...

GARABATOS

Sostenía que aún antes de ser cigoto había aprendido a dibujar. Es más, estaba seguro de haber sido él quien con finos trazos, había fertilizado al óvulo. Y por ello reprodujo un útero materno y nació.

Delineó luego una docena de pezones para nutrirse y un padre para que lo protegiera.

Apelando a las líneas se educó, viajó por todo el mundo y se hizo hombre. Poco después, hastiado de los placeres mundanos, dejó de dibujar, Y entonces conoció al amor de su vida. Su gran amor. Y se unió a ella y supo de la felicidad sin barreras, Y engendraron un hijo, para que este fuera el receptor de todo aquel amor que ellos, desde su copa derramaran.

Pero el tiempo no se detuvo y cuando su hijo eligió emigrar, él intentó detenerlo y desesperado quiso esbozar algo parecido a una cárcel, pero de nada sirvió.

Tampoco pudo evitar, tres otoños después, que a su amada le crecieran alas y que volara para siempre hacia el cielo.

Sólo una lágrima pudo él bosquejar y en ella concentró su llanto. Pero no fue suficiente. Porque fue tanto su dolor, tanta su impotencia y tal su desazón, que ya no quiso vivir más.

Entonces, no con poco esfuerzo, con finos trazos diseñó un féretro, se introdujo en él y cerró la tapa.

LA BOCINA

Era el último carromato en la larga caravana circense. Un poco retrasado del resto por desperfectos mecánicos, su velocidad no era mayor a los pasos de un hombre. Y ello fue lo que irritó tanto al bronceado conductor del automóvil rojo que, -histérico- hacía sonar sin interrupción la bocina de su vehículo, reclamando pasar.

Estaban en mitad de la cuesta y la banda asfáltica solo permitía el desplazamiento de un vehículo por vez, dado que los ingenieros viales habían dividido en dos la montaña, para acortar distancias.

Pero para el nervioso conductor del automóvil deportivo, ello carecía de importancia. Su deseo era superar ese gigantesco obstáculo y se había empeñado en lograr su objetivo. Y para ello utilizaba como aguijoneante recurso, la bocina.

Unos minutos después y cuando ya amanecía, la caravana se detuvo y también lo hizo el último carromato. De él descendió quién lo conducía.

- ¡Claro, mujer tenía que ser! ¡Pero... andá a lavar los platos! -gritó el del auto, sin disimular su sorpresa, al comprobar que una bella mujer era quién manejaba hábilmente el armatoste rodante.

- Hummm, debe ser trapecista ese bombón... - se regodeaba tras el volante, al observar el atlético cuerpo de quién, sin mirar hacia atrás, se dirigió hasta el acoplado que transportaba y con ágiles movimientos retiró la carpa que cubría lo que, en realidad, era una jaula, donde tres alteradas leonas se paseaban de un lado a otro. Instantes después, la bocina dejó de sonar.

Al atardecer, policías, capataces y peones partían, armados, en busca de un sanguinario puma que, inexplicablemente, había devorado al hijo de uno de los terratenientes de la zona.

TRANSFUSIÓN

A los cinco años, guiado por su padre, había aprendido a montar a caballo.

- ¿Ves esas máquinas, Blas...? -le decía preocupado su padre, señalando los pozos que una empresa petrolera explotaba, en el corazón del monte.

- Esas máquinas son como agujas gigantes que le extraen sangre a la tierra... y habrá de llegar el día en que la secarán.

Sesenta y nueve años después, don Blas aún salía cada mañana a recorrer la zona, desandando las innumerables picadas que rodeaban los pozos abandonados. Cada tanto miraba hacia el cielo, para que los caranchos le indicaran el lugar donde yaciera algún cadáver. El lo recogía y lo arrojaba dentro de uno de los pozos. Si no conseguía animales muertos, con su machete cortaba ramas y hacía lo mismo con ellas.

Don Blas le había escuchado decir alguna vez a los ingenieros, que el petróleo era un aceite natural, producido por la descomposición de restos orgánicos.

MOJIGATA

- ¿Quién hubiera sospechado de ella...? - nadie. Si bien la naturaleza y los genes heredados, se habían confabulado para negarle belleza física y, además, nunca se le había conocido hombre alguno, ello no impedía que, en la empresa, todos reconocieran y ponderaran en ella, su dedicación al trabajo, su entrega constante en el cuidado de su enfermiza madre y su inocultable pasión por los gatos.

Así que cuando en la oficina de personal, recibieron de sus propias manos, aquel certificado médico, donde constaba su embarazo, nadie lo podía creer.

Lo mismo ocurrió tiempo después, cuando en el período pos parto, ella visitó la empresa, con el afán de mostrar a todos, a sus cuatro bebés dálmatas.

- ¡No puede ser! -afirmaron muy ofendidos sus compañeros.
- Si ella ama a los gatos y por esa razón trabaja con nosotros, fabricando comida para gatos... ¡Cómo pudo parir perros!

PICARDÍAS

Eran amigos, casi hermanos. Los abrazos que se habían prodigado en el andén de la terminal de ómnibus, no dejaban dudas sobre ello.

Luego el asado, en casa del anfitrión, con la música bien alta, para que, desde afuera, la tristeza no se animara a entrar. A borbotones la risa, incontenible y cómplice, de antiguas y subrepticias picardías. Y entre ellas, una sospecha que aflora y que de a poco se afirma. Y una traición que se descuelga por la pared del fondo y se instala en el patio recién barrido. En el preciso momento que los insultos se entrecruzan, agitando el vino que inunda a los hombres por dentro.

Sin saberlo, al mismo tiempo una mujer habían compartido y por ello la hombría había sido violada, bastardeada y arrojada al más profundo de los infiernos. Y por esa razón la luna se refleja en los cuchillos, intentando sin éxito, que la sangre no humedezca la tierra.

Eran amigos, casi hermanos. Pero hubo una mujer, lejana en el tiempo, que jamás se enteró lo que aquel apasionado romance, había ocasionado esa tarde, entre ellos.

LUCIDEZ

Las cámaras de televisión y los reporteros, atestaban el living de la casa de Aurora Castromanno. Y para ella, haber cumplido ciento trece años, no era ninguna hazaña, aunque los periodistas sostuvieran lo contrario.

- ¡Doña Aurora, doña Aurora! -gritaban histéricos, formando una coraza de micrófonos frente a su cara.

- ¿Puede decirnos cuál es el secreto para vivir tanto tiempo? ¡Doña Aurora, por favor, díganos...!

Luego de hacerlos esperar lo que para la televisión es un siglo, respondió.

- En primer lugar, no hacer preguntas idiotas... y, en segundo lugar, respirar hijos, respirar.